

CHEVENGUR

VIAJE CON EL CORAZÓN PROPICIO



## NOTA

La palabra «CHEVENGUR» significa, probablemente, «tumba de lapti». Viene de *cheva* (resto de *lápót*, *lápót* muy gastado) y *gur* (fosa, tumba, cripta). Simboliza el fin de la tradicional búsqueda rusa de la verdad, ya que en Chevengur, según sus nuevos amos, se habían instaurado el silencio y el fin de la historia, tiempos de felicidad y bienestar para todos.

Para acentuar la necesidad del comunismo... habían reunido en Chevengur a la gente más pobre y desgraciada, llegados a un grado de consunción que les situaba entre la vida y la muerte. Con esa gente se inaugura la nueva etapa de la vida de Chevengur. Una etapa que, descrita mediante imágenes y conceptos bíblicos, nos devuelve a hombres desnudos en una tierra desnuda, que comienzan a trabajar, a sentir, a pensar y comportarse como si realmente fueran los primeros habitantes de la tierra, y no hubiera existido, antes de su aparición, ni historia, ni cultura material ni espiritual —y no digamos, tradiciones que se habían incorporado a la vida cotidiana del hombre en forma de costumbres y hábitos de pensar. Los habitantes de Chevengur, al igual que sus antepasados, hacen fuego por medios primitivos, preparan su comida con métodos rudimentarios, duermen donde les asalta el sueño, no tienen desarrollada la memoria, poseen un intelecto dominado por las emociones, y lo que hacen no coincide con la lógica de una conducta entendida como normal<sup>1</sup>...

Los *lapti* (*lápót*, en singular) eran una especie de alpargatas de corteza de tilo, trenzada, que usaban los campesinos.

---

<sup>1</sup> Del ensayo *Tragedia nacional: utopía y realidad*, de Vladímir Vasíliev, *Nash Sovremiennik*, núm. 3, 1988. Todas las notas son de los traductores.



**L**AS antiguas ciudades provinciales suelen estar situadas a la vera de raídos linderos de bosque. La gente pasa a vivir, sin transición, de la naturaleza a las urbes. Un hombre llega a uno de esos linderos. Es de rostro vivaracho, si bien, de tan extenuado, triste. Es capaz de reparar todo tipo de aparatos y montar las instalaciones más complicadas, pero jamás se ha preocupado de abastecer su vida. No hay artefacto, de sartén a despertador, que no haya pasado al menos una vez por sus manos. Tampoco le hace ascos a echar unas medias suelas, fundir postas para lobos, o acuñar medallas falsas para venderlas en las ancestrales ferias aldeanas. Sin embargo, jamás ha construido nada para sí: ni familia, ni morada. Lleva en verano una vida sencilla, inmerso en la naturaleza; conserva sus herramientas en un saco y se sirve del saco como almohada, más para proteger las herramientas que por comodidad. Se tapa los ojos por las noches con hojas de bardana<sup>2</sup> para protegerlos de los primeros rayos del sol. Vive en invierno con el sobrante de lo que ha ganado en verano, y paga el alojamiento que le proporciona el sacristán repicando de noche las horas con la campana. No le interesan especialmente ni la gente ni la naturaleza: sólo lo producido. Y eso le lleva a experimentar un indiferente afecto por personas y campos, si bien jamás atenta contra los intereses de éstos. Se pasa las noches de invierno construyendo, sólo por placer, objetos inútiles: torres de alambre, barcos fabricados con chapa de tejado, dirigibles confeccionados con papeles pegados, etcétera. Llegando incluso, en no pocas ocasiones, a retrasar la entrega de casuales encargos: le dan, por ejemplo,

---

<sup>2</sup> Planta de la especie *lappa major*, de hojas muy grandes.

aros nuevos para que los ajuste a un tonel, y se dedica a construir un reloj de madera, pretendiendo que funcione impulsado por la fuerza de rotación de la tierra, sin necesidad de cuerda.

Al sacristán no le gustaba que realizara tales trabajos no remunerados.

—¡Cuando llegues a viejo vas a tener que mendigar, Zajar Pálích!<sup>3</sup>. ¡Llevas un montón de días sin tocar el tonel, y te dedicas, Dios sabe para qué, a rascar la tierra con una madera!

Zajar Pávlovich callaba; la palabra humana era para él como el murmullo del follaje para un habitante de los bosques: no la oía. El sacristán fumaba y miraba calmosamente a lo lejos; ya no creía en Dios después de tanta ceremonia religiosa, y sabía con certeza que Zajar Pávlovich no conseguiría nada: hacía mucho que la gente habitaba el mundo, y todo estaba ya inventado. Pero Zajar Pávlovich pensaba lo contrario: era evidente que no estaba inventado todo, porque la substancia de la naturaleza seguía viviendo inafectada por las manos del hombre.

El quinto año después de cada cuatro, media aldea se trasladaba a las minas y a las ciudades, y la otra mitad a los bosques: había mala cosecha. Sabido es desde tiempos inmemoriales que, incluso en años de sequía, las yerbas, las verduras y el trigo crecen bien en los calveros de los bosques. La mitad de los aldeanos que se quedaba en el lugar había de precipitarse a esos claros para proteger el verdor del inminente asalto por parte de las turbas de ávidos vagabundos. Pero en esta ocasión la sequía se había repetido al año siguiente. Los aldeanos habían cerrado sus casas y, formando dos destacamentos, habían salido al gran camino: uno de los destacamentos se había dirigido a Kíev para mendigar, y el otro a Lugansk en busca de trabajo; sin embargo, unos pocos habían torcido hacia el bosque, en dirección a las hondonadas cubiertas de maleza y, una vez allí, habían comenzado a comer yerba cruda, arcilla y corteza de árbol, convirtiéndose en salvajes. Casi todos los que se habían marchado eran

---

<sup>3</sup> Abreviatura de Pávlovich.

adultos: los niños habían muerto de antemano por sí solos o habían escapado a otros lugares y se habían puesto a mendigar. Y los niños de pecho habían sido extinguidos poco a poco por sus madres-nutricias, que no les daban de mamar lo suficiente.

En el lugar había una vieja, llamada Ignátievna, que curaba a los pequeños del hambre: les suministraba una infusión de setas, mezclada mitad por mitad con yerba dulce, y los niños se apagaban apaciblemente con una seca espuma en los labios. La madre besó la envejecida y arrugada frentecita del niño y susurró:

—Mi niño ha dejado de sufrir. ¡Gracias a Dios!

Ignátievna estaba allí:

—El bendito ha entregado su alma: descansa mejor que los vivos, ahora estará en el paraíso escuchando vientos de plata...

La madre contempló con admiración al pequeño, confiando en que se había aliviado su triste destino.

—Quédate con mi vieja falda, Ignátievna: no tengo otra cosa que darte. Gracias.

Ignátievna miró la falda al trasluz y dijo:

—Llora un poco, Mítrevna: te toca a ti, es la costumbre. Pero tu falda está muy desgastada; incluye al menos un pañuelo o regálame una plancha...

Zajar Pávlovich se había quedado solo en la aldea y se alegró de que nadie más permaneciera en ella. Pero vivía sobre todo en el bosque, en una choza construida bajo tierra, junto con un campesino sin hacienda ni familia. Se alimentaba de caldo de yerbas, cuya bondad había comprobado antes el campesino menesteroso.

Zajar Pávlovich trabajaba sin parar para olvidarse del hambre y había aprendido a utilizar madera para construir todo aquello que antes hacía de metal. En cambio, el campesino menesteroso no había hecho nada en su vida, y mucho menos hacía ahora: hasta los cincuenta no había hecho otra cosa que mirar a su alrededor para averiguar el cómo y el por qué, esperando escapar algún día del trajín general para, una vez en calma y esclarecido, ponerse a actuar; la vida no le obsesionaba lo más mínimo, y jamás había movido un dedo por

desposarse o por realizar algo que les resultara de utilidad a los demás. Se había quedado asombrado al nacer y así había seguido hasta la vejez, con sus ojos color azul claro en un rostro que aparentaba menos años de los que tenía. Cuando Zajar Pávlovich construía una sartén de madera de roble, el campesino menesteroso se quedaba pasmado, y decía que, de todas formas, no servía para freír. Pero Zajar Pávlovich llenaba la sartén de agua y, a fuego lento, conseguía que el agua hirviera sin que se quemara. El campesino menesteroso comentaba, petrificado de asombro:

—¡Qué cosa tan tremenda! Así, compadre, ¿cómo va uno a entenderlo todo?

Los acongojantes y universales misterios dejaban al campesino menesteroso con los brazos inermes: nadie le había explicado nunca la simplicidad de los fenómenos, o tal cosa se debía a que era inmensamente torpe. El hecho es que cuando Zajar Pávlovich intentó hacerle entender la causa por la que el viento soplaba y no se quedaba inmóvil, el campesino menesteroso se asombró todavía más y no comprendió nada, pese a que percibía con exactitud de dónde soplaba el viento.

—¡Será posible! ¡Menuda cosa! ¿El viento sale entonces de las solanas? ¡Qué curioso!

Zajar Pávlovich le explicó que la solana no tenía nada de curiosa, que no era sino calor.

—¡¿Calor?! —se asombró el campesino menesteroso—. ¡Vaaaya!

Le sucedía que su asombro se trasladaba de un fenómeno a otro, pero sin que eso afectara para nada a su conciencia. En lugar de vivir usando el cerebro, lo hacía con un sentimiento de confiado respeto.

Zajar Pávlovich construyó en madera todos los artilugios que conocía.

La casa excavada en la tierra y el terreno colindante se hallaban repletos de productos del arte técnico de Zajar Pávlovich: máquinas, instrumentos, instalaciones, es decir, un inventario agrícola completo —todo por entero de madera. Lo extraño del caso era que no había nada que fuera réplica de la naturaleza: por ejemplo, un caballo, una rueda, o algo semejante.



En agosto, el campesino menesteroso se dirigió a un lugar sombrío, se tumbó boca abajo y dijo:

—Me estoy muriendo, Zajar Pávlovich. Ayer me comí un lagarto... Te traje a ti dos setitas y yo me comí un lagarto frito. Agita la bardana por encima de mí, que me gusta sentir el viento.

Zajar Pávlovich agitó la hoja de bardana, trajo agua y dio de beber al moribundo.

—No vas a morir. Sólo te lo parece.

—Me voy a morir. Juro por Dios que me voy a morir, Zajar Pálich —dijo, temiendo mentir, el campesino menesteroso—. Mis entrañas ya no retienen nada, tengo dentro una enorme lombriz que se me ha chupado toda la sangre...

—El campesino menesteroso se volvió boca arriba—: ¿Tú que crees, he de tener miedo o no?

—No tengas miedo —respondió Zajar Pávlovich, con actitud benevolente—. Yo mismo me moriría ahora mismo, pero, sabes, uno no para de hacer cosas y más cosas...

El campesino se alegró de inspirar compasión y, por la tarde, murió sin miedo. Mientras moría, Zajar Pávlovich fue a bañarse a un arroyo; al volver, encontró muerto al campesino menesteroso, ahogado en un verde vómito. El vómito era espeso y seco, y se había instalado formando una masa en torno a su boca. En la masa, blancos y minúsculos gusanos cumplían con su cometido.

Por la noche, Zajar Pávlovich se despertó y se puso a escuchar la lluvia. Era la segunda vez que llovía desde el mes de abril. «¡Cómo se hubiera asombrado el campesino menesteroso!», pensó Zajar Pávlovich. Pero éste se hallaba solo y mojándose en la oscuridad de las cataratas que caían rítmicamente del cielo, al tiempo que se hinchaba lenta y silenciosamente.

A través de la somnolienta lluvia sin viento, algo había empezado a sonar sorda y tristemente, tan lejos que seguro que no llovía en el lugar de donde provenía aquel ruido y que era allí de día. Zajar Pávlovich se olvidó enseguida del campesino menesteroso, de la lluvia y del hambre, y se levantó. Lo que sonaba era una máquina lejana, una locomotora de vapor, viva y en funcionamiento. Zajar Pávlovich salió al aire libre

y permaneció de pie un rato, inmerso en la humedad de la templada lluvia que canturreaba sobre la pacífica vida y sobre la extensión de ilimitada tierra. Los oscuros árboles dormitaban desparramados, envueltos en la caricia de la calmosa lluvia; estaban extenuados de tan bien como se sentían, y movían tenuemente sus ramas sin necesidad de viento.

Zajar Pávlovich no reparó en el gozo de la naturaleza: le había emocionado la desconocida locomotora de vapor, que en ese momento acababa de callar. Cuando se echó de nuevo a dormir pensó que hasta la lluvia trabajaba, mientras él dormía y se ocultaba inútilmente en el bosque: el campesino menesteroso había muerto, y también él iba a morir. El campesino menesteroso no había construido ningún utensilio en toda su vida; no había hecho otra cosa que observar atentamente y tratar de adaptarse, asombrarse de todo e intentar ver lo que había de misterioso en los fenómenos sencillos. Había sido incapaz de mover un dedo para hacer algo, por temor a estropearlo; se había dedicado sólo a coger setas, pero ni siquiera sabía encontrarlas; y había muerto, por fin, sin haber estropeado en nada la naturaleza.

Por la mañana lucía un gran sol y el bosque cantaba con todo el espesor de su voz, dejando que el viento matutino circulara bajo las secretas hojas. Zajar Pávlovich no percibió tanto la llegada de la mañana como el cambio experimentado por los laboriosos elementos: la lluvia se había dormido en el suelo y había sido sustituida por el sol; y el sol había hecho que comenzara a ajetrearse el viento, se erizaran los árboles y empezaran a murmurar las yerbas y los arbustos. Hasta la lluvia misma, despertada por el cosquilleante calor, se puso en pie de nuevo, sin haber descansado, y comenzó a reunir su cuerpo en forma de nubes.

Zajar Pávlovich metió sus artilugios de madera en el saco —los que cupieron en él— y se dirigió a la lejanía por una mujeril vereda de setas. No dirigió ni una sola mirada al campesino menesteroso: los muertos tienen poco atractivo. Sin embargo, Zajar Pávlovich había conocido a un pescador del lago Mútevo, quien, consumido por la curiosidad, solía interrogar respecto a la muerte a todas las personas con las que se topaba; era muy amante de los peces, pero no por

ser éstos alimento, sino en tanto que seres especiales que seguramente conocían el misterio de la muerte. Mostraba los ojos de los peces muertos a Zajar Pávlovich y le decía: «¡Mira cuánta sabiduría! El pez es un ser entre la vida y la muerte: por eso es mudo y mira sin expresión. Hasta los terneros piensan, pero los peces no lo hacen: lo saben ya todo.» El pescador se había pasado años observando el lago, siempre con el mismo pensamiento: lo interesante que era la muerte. Zajar Pávlovich había tratado de persuadirlo de que estaba equivocado: «La muerte no tiene nada de especial, es una cosa sin importancia, nimia.» Un año más tarde, el pescador no había podido contenerse y se había tirado al lago desde su barca, tras haberse amarrado las piernas con un cordel para no ponerse a nadar involuntariamente cuando se viera en el agua. En lo íntimo de su ser ni siquiera creía en la muerte; lo más importante para él era ver qué había al otro lado: tal vez fuera mucho más interesante que vivir en la aldea o a orillas del lago. Veía la muerte como un territorio más, situado justo bajo el cielo como si estuviera en el fondo de gélidas aguas: y le atraía. Algunos mujiks a quienes el pescador había hablado de su intención de vivir por algún tiempo en la muerte y volver después, habían tratado de disuadirle; otros, sin embargo, le habían animado: «Bueno, no se pierde nada por probar, Mitri<sup>4</sup> Ivánich. Inténtalo y luego nos cuentas.» Dmitri Ivánich había hecho la prueba: lo sacaron del lago tres días más tarde y lo enterraron en el cementerio de la aldea, junto a la cerca.

Zajar Pávlovich pasaba ahora junto al cementerio y buscaba con la mirada, entre el mar de cruces, la tumba del pescador. La tumba no tenía cruz: ningún corazón se había afligido con su muerte, ni ningún labio había rezado por él, porque no había muerto a causa de las enfermedades, sino por culpa de su escudriñadora mente. No había muerto de debilidad, sino a consecuencia de su curiosidad mental. El pescador no había dejado esposa, porque era viudo. Su hijo era aún pequeño y había sido recogido por gentes que no eran familiares suyos. Zajar Pávlovich había estado en el en-

---

<sup>4</sup> Abreviatura de Dmitri.

tierra y había llevado al muchacho de la mano; el chico era cariñoso y formal; no se sabía si se parecía al padre o a la madre. ¿Dónde estaría ahora aquel chico? Como era huérfano de padre y madre, probablemente habría sido uno de los primeros en morir durante esos años de hambruna. El muchacho había caminado tras el ataúd de su padre modosamente, sin mostrar aflicción.

—¿Mi padre se ha tumbado adrede así, tío Zajar?

—Adrede no, pero tontamente, Sasha: y te ha producido una pérdida. Tardará mucho en volver a pescar.

—¿Y por qué lloran las mujeres?

—¡Porque son unas cuentistas!

Cuando colocaron el ataúd junto a la fosa sepulcral, nadie quiso despedirse del difunto. Zajar Pávlovich se arrodilló y tocó levemente la mejilla fría y peluda del pescador, una mejilla que se había lavado en el fondo del lago. Zajar Pávlovich dijo después al muchacho:

—Despídete de tu padre: está muerto por los siglos de los siglos. Míralo con atención: así lo recordarás.

El muchacho se recostó contra el cuerpo de su padre, contra su vieja camisa con olor a familiar y vivo sudor, debido a que se la habían puesto para el ataúd: su padre llevaba otra camisa cuando se había ahogado. El muchacho le palpó las manos, que desprendían olor a humedad de pescado; en uno de los dedos llevaba un anillo de boda, de estaño, en honor a la olvidada madre. El niño volvió la cara hacia los que le rodeaban, se asustó al ver las desconocidas caras y se echó a llorar dolorosamente; se agarró para protegerse a la camisa del padre, lo que hizo que ésta se arrugara y se le formaran pliegues. Su dolor era callado, sin conciencia de que la vida seguía y, por ello, desconsolado; echaba tanto de menos al padre muerto, que de haber podido enterarse seguro que el difunto se habría sentido feliz. Todos los que se agolpaban en torno al ataúd se pusieron también a llorar por lástima del muchacho, y también por compasión anticipada hacia sí mismos, que habían de morir y ser llorados de la misma manera.

Zajar Pávlovich, pese a su desconsuelo, no dejaba de pensar en el futuro.

—¡Deja de aullar, Nikíforovna! —dijo a una mujer que lloraba a lágrima viva y lanzaba apresurados lamentos—. No gritas de dolor, lo haces para que lloren por ti cuando mueras. Anda, llévate al muchacho: tienes seis críos y no notarás una boca más.

Nikíforovna recobró inmediatamente su sensatez de mujer campesina; se le secó el feroz rostro y siguió llorando, ya sin lágrimas, sólo con las arrugas:

—¡Ya no me faltaba más que eso! ¿Que no se notará una boca más? ¡El chico es ahora pequeño, pero cuando crezca y empiece a tragar y a romper pantalones no daré abasto!

Al chico se lo llevó otra mujer, Mavra Fetísovna Dvánova, que tenía siete hijos. El huérfano dio la mano a la mujer, quien le secó la cara con su falda, le sonó la nariz y lo condujo a su casa.

El muchacho se acordó de la caña de pescar que le había hecho su padre; la había dejado puesta en el lago y la había olvidado. Probablemente habría ahora algún pececillo enganchado al anzuelo, y podría comérselo para que aquella gente extraña no le echara en cara que lo mantenía.

—Tía, tengo un pez enganchado en el agua —dijo Sasha—. Deja que vaya a sacarlo: me lo iré comiendo y así no tendrás que mantenerme.

Mavra Fetísovna contrajo involuntariamente el rostro, se sonó la nariz con la punta del pañuelo de la cabeza y no soltó la mano del muchacho.

Zajar Pávlovich se quedó pensativo; pensó en irse de vagabundo, pero acabó quedándose en aquel lugar. Una desconocida conciencia que había brotado de repente en su pecho había hecho que se emocionara profundamente; hubiera querido caminar sin descanso por la tierra, hallar el dolor en todas las aldeas y llorar sobre los ataúdes de todos los muertos desconocidos. Pero lo retuvieron los cachivaches de siempre: el patriarca de la aldea le encargó que reparara un reloj de pared y el cura que afinara un piano de cola. Zajar Pávlovich no había oído nunca música alguna; en cierta ocasión había visto un gramófono en una taberna de la capital del distrito, pero lo habían maltratado tanto los mujiks, que ya no tocaba: le habían roto las paredes de la caja para descubrir el truco y

al que cantaba allí dentro, y habían metido en su membrana una aguja de coser. Tardó un mes en afinar el piano de cola, probando lóbregos sonidos y estudiando aquel instrumento capaz de generar tanta dulzura. Zajar Pávlovich golpeaba las teclas, y el triste cantar se elevaba y desaparecía volando; Zajar Pávlovich miraba hacia arriba y esperaba que el sonido volviera: era demasiado bello para que se desvaneciera sin dejar huella. El cura se hartó de esperar y le dijo: «Oye, no hagas sonar los tonos en vano, procura que coincida el trabajo con el resultado, y no quieras indagar el sentido de lo que no te concierne.» Zajar Pávlovich se sintió profundamente ofendido en su maestría y construyó una trampa en el instrumento que podía desmontarse en un santiamén, pero que no podía descubrir sino un experto. Después de eso, el cura mandaba llamar a Zajar Pávlovich todas las semanas: «Ven, amigo, ven: otra vez ha desaparecido la misteriosa fuerza que origina la música.» Zajar Pávlovich no había hecho la trampa para el cura, ni tampoco para poder ir más a menudo a disfrutar de la música. Le enternecía algo muy distinto: era el funcionamiento de aquel instrumento capaz de producir emoción en todos los corazones y hacer al hombre más bondadoso. Por eso había colocado esa trampa, que producía interferencias en la armonía y la eclipsaba con aullidos. Cuando después de diez reparaciones Zajar Pávlovich desentrañó el secreto de la mezcla de sonidos y el funcionamiento del tembloroso tablero principal, quitó la trampa del piano de cola y perdió definitivamente el interés por los sonidos.

Zajar Pávlovich recordaba ahora, sobre la marcha, su vida pasada, y no la añoraba. A lo largo de los pasados años había logrado entender por sí solo muchas máquinas y objetos, y sería capaz de reproducirlos como artículos suyos si tuviera el material adecuado y las herramientas necesarias. Caminaba a través de la aldea con el fin de ir al encuentro de máquinas y cosas desconocidas, que se hallaban más allá de la línea que unía el poderoso cielo con los inmóviles terrenos aldeanos. Caminaba hacia allá con igual corazón que los campesinos que iban a Kíev cuando la fe se les había erosionado y la vida se les había convertido en tiempo que les quedaba por vivir.

En las calles de la aldea olía a quemado: era la ceniza que cubría el camino, en la que no rebuscaban las gallinas porque los aldeanos se las habían comido. En los hogares campesinos reinaba un silencio sin niñez; las bardanas salvajes, más crecidas de lo normal, esperaban a sus dueños y se balanceaban como futuros árboles ante los portones, en las veredas y en todos los lugares habitados y pateados donde antaño no sobrevivían las yerbas. La despoblación había hecho que también las vallas criaran yerba: estaban recubiertas de lúpulo y cuscuta. Algunas estacas y varetas habían echado raíces y, si la gente no volvía, auguraban convertirse en bosquecillo. Los pozos de los patios se habían secado, y las lagartijas se precipitaban en ellos, trepando a su antojo por la pared de troncos de los mismos para descansar del insoportable calor y multiplicarse. A Zajar Pávlovich también le impresionó mucho el hecho de que mientras el trigo había muerto hacía tiempo en los campos, reverdecieran en los tejados de paja de las isbas el centeno, la avena y el mijo, y susurrara el armuelle; las semillas habían echado raíces en las partes cubiertas de paja de los tejados. Los pájaros campestres de color amarillo y verde se habían trasladado igualmente a la aldea y moraban ahora a su antojo en las dependencias altas de las isbas; y los gorriones se alzaban en negras nubes hacia el cielo, desgranando a través del viento de sus alas atareadas melodías de dueños y señores.

Cuando Zajar Pávlovich dejó atrás la aldea se encontró un *lápót*; el *lápót* también había cobrado vida con la ausencia de gente, y había hallado su destino: su cuerpo había echado un brote de sauce, y mientras iba pudriéndose y convirtiéndose en polvo protegía la sombra de la raicita del futuro arbusto. Numerosos y pálidos tallitos de yerba trataban de penetrar en el *lápót*, lo que parecía indicar que la tierra de debajo de éste guardaba más humedad que las demás. Los *lapti* y las herraduras eran los objetos aldeanos que Zajar Pávlovich prefería; y de entre las construcciones, los pozos. Sobre la chimenea de la última casa se hallaba posada una golondrina; cuando vio a Zajar Pávlovich, la golondrina se metió en ella y allí, en la oscuridad del tiro, protegió a las crías con sus alas.

A la derecha quedaba la iglesia, y detrás de ella el famoso infinito campo, liso cual apaciguado viento. Comenzó a sonar la pequeña campana —que entonaba la segunda voz— y anunció dos veces el mediodía. La cucuta había cubierto el templo e intentaba alcanzar la cruz. Las tumbas de los sacerdotes situadas junto a los muros de la iglesia se habían cubierto de yerbamala, y las bajas cruces habían sucumbido en la espesura. El sacristán había terminado su tarea y se hallaba todavía junto al atrio observando el desarrollo del verano; su despertador se había enredado en la cuenta añeja del tiempo; pero la vejez había hecho que el sacristán sintiera el tiempo tan aguda y exactamente como se siente la desgracia y la felicidad; hiciera lo que hiciera, incluso si dormía (aunque en la vejez la vida prevalece sobre el sueño: es una vida alerta y vivida minuto a minuto), llegaba un momento en que comenzaba a experimentar zozobra o angustia: hacía sonar entonces las horas, y volvía a sosegar.

—¡Todavía estás vivo, abuelo! —dijo Zajar Pávlovich al sacristán—. ¿Para quién cuentas los días?

El sacristán no quiso responder: tras setenta años de vida estaba convencido de que habían sido inútiles la mitad de sus esfuerzos y vanas las tres cuartas partes de las palabras que había dicho. Ni sus hijos ni su esposa habían sobrevivido a pesar de lo que había trabajado. Y las palabras habían caído en el olvido como ruido venido de fuera. «Si le digo algo a este hombre —juzgó para sí—, caminará una versta y ya no me conservará en su eterna memoria: ¿Quién soy para él? ¡No soy ni padre ni báculo!»

—¡En vano te afanas! —le reprochó Zajar Pávlovich.

El sacristán respondió a tamaña tontería:

—¿Cómo que inútilmente? Nuestra aldea se ha ido diez veces, que yo recuerde, y ha vuelto a instalarse otras diez. También ahora volverá: no se puede prescindir mucho tiempo del hombre.

—¿Y para qué tocas las campanas?

El sacristán tenía a Zajar Pávlovich por un hombre con habilidad para cualquier trabajo, que, sin embargo, desconocía el valor del tiempo.

—¡Para qué va a ser! Con la campana acorto el tiempo y entono canciones...



—Bueno, pues canta —dijo Zajar Pávlovich, y se fue del pueblo.

Fuera ya de la aldea se hallaba, encogida, una pequeña casa campesina sin dependencias; por lo visto, alguien debía haberse casado precipitadamente en tiempos, había reñido con su padre y se había instalado allí. Además, la casa estaba vacía y su interior producía espanto. Sólo hubo una cosa que alegró la despedida de Zajar Pávlovich: por la chimenea de aquella casa asomaba un girasol, ya crecido, que inclinaba su cabeza, en fase de madurar, hacia el sol naciente.

El camino estaba cubierto de secas yerbas que el polvo había hecho envejecer. Cuando Zajar Pávlovich se sentó a fumar, pudo ver en el suelo acogedores bosques en donde las yerbas hacían de árboles: todo un mundo diminuto y habitado, con sus veredas y su calor, repleto de útiles para las necesidades diarias de minúsculos y atareados bichos. Tras haber observado atentamente a las hormigas, Zajar Pávlovich las mantuvo en su mente durante unas cuatro verstas más de camino y, finalmente, pensó: «Si tuviéramos la inteligencia de las hormigas o de los mosquitos, lograríamos inmediatamente una vida confortable; estos animalejos son grandes expertos de la vida en armonía; el hombre no está, ni mucho menos, a la altura del maestro-hormiga.»

Zajar Pávlovich apareció en la linde de la ciudad. Alquiló el cuarto trastero a un viudo con muchos hijos, carpintero de profesión. Salió a la puerta de la casa y se puso a meditar: ¿a qué podría dedicarse?

El carpintero-dueño volvió del trabajo y se sentó junto a Zajar Pávlovich.

—¿Cuánto tengo que pagarte por el cuarto? —preguntó Zajar Pávlovich.

El carpintero no se rió, aunque tuvo ganas de hacerlo. Se limitó a emitir con su garganta una especie de sonido ronco: en su voz podía percibirse el desaliento y la especial desesperación, hecha ya hábito, que suele anidar en los hombres completa y definitivamente desolados.

—¿Tienes trabajo? ¿No? Pues vive gratis. Eso, si mis hijos no te rompen la cabeza...

Al decir eso acertaba: ya la primera noche, los hijos del carpintero —jóvenes de entre 10 y 20 años— lanzaron sus orines sobre Zajar Pávlovich mientras éste dormía y atrancaron por fuera la puerta del cuarto trastero con un *rogach*<sup>5</sup>. Pero no era nada fácil enojar a Zajar Pávlovich, que nunca se había interesado por las personas. Sabía que existían máquinas y complicados y potentes aparatos, y valoraba la nobleza del hombre en función de ellos, y no por ocasionales impertinencias. Efectivamente, Zajar Pávlovich vio por la mañana al hijo mayor del carpintero confeccionando un mango de hacha con destreza y seriedad, cosa que ponía de manifiesto que lo principal en él no era su orina, sino su habilidad manual.

Pasada una semana, Zajar Pávlovich se sintió tan apesadumbrado por estar de manos cruzadas, que se puso a reparar la casa sin ni siquiera consultar al carpintero. Arregló las juntas rotas del tejado y construyó una escalera nueva en el zaguán. Y limpió el hollín de los tiros de la chimenea. Por las tardes Zajar Pávlovich tallaba várganos.

—¿Qué haces? —le preguntó el carpintero, secándose los bigotes con una corteza de pan: acababa de comer y había devorado patatas y pepinos.

—Quizás sirvan para algo —contestó Zajar Pávlovich.

El carpintero se quedó pensativo mientras masticaba la corteza.

—¡Servirán para cercar las tumbas! Mis chicos han tenido que ayunar por cuaresma y se han cagado adrede en todas las tumbas del cementerio.

La tristeza de Zajar Pávlovich era más poderosa que la conciencia de la inutilidad de su trabajo, por lo que siguió tallando várganos hasta la completa extenuación nocturna. Cuando Zajar Pávlovich no tenía nada que hacer, se le trasladaba la sangre de los brazos a la cabeza y comenzaba a pensar tan profundamente y sobre tantas cosas a la vez, que no conseguía sino delirar y que le subiera del corazón un angustioso miedo. Deambulando de día por el soleado patio era incapaz de superar la idea de que el hombre procedía del gusano, y

---

<sup>5</sup> Especie de gran *ujvat* (horca metálica que sirve para retirar los pucheros del horno).

de que el gusano era a su vez un simple y horrible canuto que no contenía nada absolutamente, salvo vacua y apestosa oscuridad. Observando las casas de la ciudad, Zajar Pávlovich descubrió que se asemejaban totalmente a ataúdes cerrados, por lo que temía pernoctar en casa del carpintero. La feroz capacidad de trabajo de Zajar Pávlovich no encontraba salida, por lo que consumía el alma de éste, que no lograba dominarse: sentíase atormentado por sentimientos encontrados, muy diversos, que nunca experimentaba cuando realizaba algún trabajo. Comenzó a tener sueños: veía que su padre, el minero, estaba muriéndose, y que su madre regaba al padre con leche de sus pechos para hacerle resucitar; pero el padre le decía enfadado: «Deja que al menos sufra a gusto, cabrona.» El padre se había quedado quieto durante mucho rato, tratando de aplazar su muerte. La madre, de pie junto a él, le había preguntado: «¿Vas a tardar mucho?» El padre había escupido con la saña del mártir, se había vuelto boca abajo y había recordado a su mujer: «¡Entiérrame con los pantalones viejos y dale éstos a Zajarka!»<sup>6</sup>.

Lo único que producía alborozo en Zajar Pávlovich era permanecer sentado en el tejado y mirar a la lejanía, por donde, a dos verstas de la ciudad, pasaban a veces enfurecidos trenes ferroviarios. La rotación de la ruedas de la locomotora de vapor y la rápida respiración de ésta producían una alegre picazón en el cuerpo de Zajar Pávlovich; tenues lágrimas de compasión por la locomotora ponían húmedos sus ojos.

El carpintero, tras haber observado a su inquilino durante varios días, comenzó a sentarlo a su mesa y a darle de comer gratis. La primera vez, los hijos del carpintero echaron mocos en el cuenco asignado a Zajar Pávlovich; pero el padre se levantó y, de un golpe y sin pronunciar palabra, estampó un moratón en el pómulo del hijo mayor.

—Yo soy un hombre como los demás —dijo tranquilamente el carpintero, volviendo a su sitio—. Pero, sabes, he traído al mundo a unos hijos tan canallas que serían capaces de acabar conmigo en cualquier momento. ¡Fíjate en Fied-

---

<sup>6</sup> Diminutivo afectuoso de Zajar.

ka!<sup>7</sup>. Es más fuerte que un toro. ¿De dónde habrá sacado esa caraza? No lo entiendo: no han comido en toda su vida más que cosas corrientes...

Llegaron las primeras lluvias de otoño: sin término y sin provecho porque hacía tiempo que los campesinos habían desaparecido en otras tierras, y muchos habían perecido en el camino sin poder llegar a las minas ni al pan del sur. Zajar Pávlovich se fue con el carpintero a la estación de ferrocarril en busca de trabajo: el carpintero tenía allí un conocido que era maquinista.

Encontraron al maquinista en el dormitorio de los ferroviarios de turno. Allí solían dormir para reparar fuerzas los equipos de las locomotoras. El maquinista les dijo que había mucha gente, pero que no había trabajo; los que quedaban de las aldeas cercanas vivían todos en la estación y trabajaban en lo que fuera, cobrando una miseria. El carpintero salió y volvió con una botella de vodka y un salchichón. Tras el primer trago, el maquinista habló a Zajar Pávlovich y al carpintero de la locomotora y del freno Westinghouse.

—¿Sabéis qué inercia hay en las pendientes con trenes de sesenta ejes? —decía el maquinista, indignado ante la ignorancia de sus oyentes, a la vez que simulaba con los brazos, flexiblemente, la fuerza de la inercia—. ¡Joder! ¡Mete uno la palanca del freno y las zapatas sueltan chispas azules bajo el tender; los vagones se apretujan, y la locomotora resopla con el vapor cerrado; con sólo un empujón, el vapor borbotea en el escape! ¡La madre que lo parió...! ¡Échame de beber! Debiste haber comprado pepinos: el salchichón asegura mal el estómago...

Zajar Pávlovich permanecía en silencio: había perdido de antemano la esperanza de trabajar en la locomotora: ¿cómo iba a poder con ésta, después de haber estado dedicado a las sartenes de madera!

Las historias del maquinista hacían que su interés por los objetos mecánicos se volviera más recóndito y triste, como sucedía con los amores desdeñados.

---

<sup>7</sup> Diminutivo de Fiódor.